

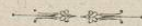
SITIO
Y Caída de Querétaro.
1866 y 1867.





● SITIO Y CAIDA DE QUERETARO. ●

MARZO A MAYO DE 1867.



A mediados del año de 1866, los partidarios de la República habían obtenido algunas ventajas sobre las fuerzas imperiales en la frontera del Norte. Debido á esta circunstancia, los republicanos refugiados en Nueva York y en Texas pudieron volver á la patria. A fines de Septiembre del año citado se hallaban en Brownsville los Generales Berriozábal, Negrete, Poucell, Garza y Paz, el comisario Zambrano, y varios Jefes, incluso el que subscribe.

A la sazón, estaba pronunciado en Matamoros el General D. Servando Canales, aunque no había proclamado plan político alguno. Los residentes en Brownsville se hallaban divididos en opiniones. Unos aprobaban el golpe de Estado que el señor Juárez había dado en Chihuahua; otros creían que terminado el período del señor Juárez, debía de cumplirse con la prevención de la ley, tomándose posesión de la Presidencia el General D. Jesús González Ortega, porque decían que si se admi-

tían pretextos, de cualquier género que fuesen, para transgredir la ley, nunca les faltarían á los ambiciosos; y una vez admitida semejante corruptela, sería un amago constante contra la paz de la República.

De esta diferencia de opiniones resultaban continuas disputas, y también intrigas para obligar á Canales á decidirse por uno ú otro partido. Pero este General, que sólo se proponía permanecer ocupando el puerto, como Gobernador de Tamaulipas, no se decidía ni por uno, ni por otro.

Mientras esto pasaba en la frontera del Norte, el ejército francés, que había empezado su movimiento de retirada, se disponía á abandonar Mathuala. Era el momento en que la división del General Escobedo, que se hallaba en Monterrey, debía marchar á la espalda de los franceses, si no para hostilizarlos, al menos para ir ocupando las poblaciones que evacuaran, antes de que fuesen ocupadas por los imperialistas. Pero el Gobierno tuvo á bien disponer otra cosa, ordenando al General Escobedo que marchase á reducir al orden al General Canales.

Esta resolución tenía el grave inconveniente de que las fuerzas y material de guerra de que podía disponer el General Escobedo, no eran bastantes para vencer la resistencia que podía oponer la plaza de Matamoros, fortificada, artillada, y guarnecida como estaba. Podría suceder, según todas las probabilidades, que las fuerzas de Escobedo fuesen rechazadas y obligadas á replegarse á Monterrey.

Como consecuencia, seguiría una serie de hostilidades entre los Estados de Tamaulipas y Nuevo Leon, ya enemistados de antemano, que impediría á las fuerzas republicanas marchar al interior, y por consiguiente, dejarían en quietud á las fuerzas imperiales para ocupar las poblaciones y prepararse á la resistencia.

A cumplir con las órdenes del Gobierno había llegado á las cercanías de Matamoros el General D. Santiago Tapia, con una brigada del ejército. Este señor Ge-

neral me invitó á tomar servicio en sus tropas, por medio de una carta que yo le contesté del modo siguiente:

“Brownsville, Texas, Octubre 25 de 1866.

“Mi General, amigo y señor:

“Don Juan A. Zambrano me ha mostrado una carta de usted en la cual se sirve decirle que si aun no me hallo en camino para Monterrey, ocurra á D. Alonso Aspe para que me proporcione los recursos necesarios, con el objeto de que me incorpore á las fuerzas que usted manda, y que deben de operar sobre Matamoros.”

“Confiado en la amistad con que usted siempre se ha servido distinguirme, y en su acreditada caballerosidad, me atrevo á someter á su examen los sentimientos que en el particular me animan, y espero que apelando á su conciencia, se sirva decirme lo que piensa. Siempre he odiado la discordia civil, y en medio de tantas vicisitudes porque ha pasado nuestra patria, he podido conservarme sin haber tomado nunca parte en ningún pronunciamiento ni motín militar; pudiendo hoy decir con satisfacción, que no he contribuido de manera alguna á las desgracias de la República. Pero, si entonces á pesar de la repugnancia que sentía de combatir contra nuestros hermanos, permanecía en mi puesto al lado del Gobierno, no tenía al menos á mi vista el espectáculo desgarrador de dejar á la espalda al enemigo extranjero, mientras dirimíamos la contienda por medio de las armas. Durante mi forzada permanencia en los Estados Unidos, anhelaba que llegase la ocasión de poder incorporarme á las fuerzas que combatían por la independencia nacional; pero al llegar á esta población, me encuentro desgraciadamente con que la guarnición de Matamoros se hallaba sustraída á la obediencia del Supremo Gobierno. Desde luego, me propuse marchar á incorporarme á las fuerzas del señor General Escobedo para ofrecer mis servicios contra los franceses y traidores, objeto principal á que en mi concepto, debe atender todo mexicano leal.”

“Reconozco el derecho que el Supremo Gobierno tiene para reducir á la obediencia á las tropas amotinadas

en Matamoros; pero no puedo menos de deplorar que se tenga que apelar á las armas, dando principio, acaso, á una guerra civil que puede ser de fatales consecuencias para la Nación."

"Si tanto lamento que la sangre mexicana se haya de derramar sin producir, tal vez, sino más grandes males, mayor es mi repugnancia de contribuir á verterla, cuando en nuestros campos se derrama la sangre extranjera."

"En vista de lo expuesto, me hallaba decidido á marchar á Monterrey tan pronto como consiguiera los recursos necesarios. Ruego á usted, pues, que pesando los sentimientos que lealmente le manifiesto y que son emanados de mi corazón, se sirva decirme con franqueza si cree que no obro como buen mexicano, y si usted, hallándose en mi caso, obraría de otro modo."

"Siento en el alma que el enemigo que usted tiene desgraciadamente que combatir no sea el que tan infame, como astuto, ha ocupado el suelo de la Patria, en cuyo caso volaría desde luego á ponerme á sus órdenes, orgulloso de militar bajo el mando de un General cuyo valor, pericia y patriotismo no se han desmentido jamás."

"Soy de usted, mi General, su afectísimo servidor, amigo y subordinado Q. A. B. S. M."

No habiendo tenido contestación del General Tapia, me embarqué á bordo de un vapor, y en compañía del General D. Francisco Paz, subí el río hasta Davis.

Allí pasamos al lado mexicano, dirigiéndonos en seguida á Monterrey, á donde llegamos la noche del 9 de Noviembre, en cuyo día había salido el General Escobedo con sus fuerzas para Matamoros.

El día 10 salió para incorporársele el General Paz, lo que yo no pude verificar por haber sufrido un violento ataque de emicrania.

El día 11, cuando me disponía á marchar, recibí una carta del General Paz fechada en Cadereita, en la que me decía que en la orden general se nos había dado á reconocer, á él como Comandante General y á mí como Mayor General de artillería; que debía quedarme en

Monterrey para atender á la construcción de municiones de artillería é infantería, reparación de montajes etc; que procurase aumentar cuanto fuese posible las municiones de los calibres de á 8, obús de á 24, y cañones R^s. de á 4 y de á 6; que no habiendo persona á quien poder encargar de la Comandancia del parque general, me rogaba me hiciese cargo de él, mientras que el General regresaba.

Inmediatamente pasé á la Ciudadela con el objeto de hacer un reconocimiento del estado en que se hallaban los talleres y el parque general. Desde luego me hallé con la dificultad de que no había quien me entregase, pues el Capitán Mendoza, único Oficial de artillería que con un Ayudante había en Monterrey, no sabía lo que existía en el parque, y además estaba dado de baja por hallarse herido de una mano.

En la vista de ojos que practiqué, pude notar que todo el material de guerra se hallaba aglomerado en los distintos almacenes, con la mayor confusión y desorden.

Los talleres para construcción de municiones no tenían otros obreros que algunos inválidos que trabajaban con la mayor lentitud. El taller de recomposición de armas contaba con varios obreros inteligentes, que eran un italiano y dos austriacos que se habían pasado del enemigo, y tres mexicanos.

Para la reparación de cureñas y todo lo relativo á carrocería, carpintería, tornería, herrería, hojalatería, tabartería, etc.. etc., era necesario ocurrir á las contratas con particulares, pues no había personal ninguno para estos trabajos.

Mi primer cuidado fué descombrar los almacenes de pólvora, que constituían un inminente peligro.

Uno de ellos tenía sobre el pavimento, que era de lozas, una capa de pólvora de tres centímetros de espesor, mezclada con cerillos y cápsulas. Había varios cajones destapados, en que la pólvora estaba á granel, revuelta también con cerillos, cápsulas y balas de cañón.

Comprendí que era menester limpiar este almacén con la mayor prontitud. Después de hacer conocer mi

nuciosamente á los peones todo el peligro que había al ejecutar la operación que les encomendaba, les advertí con claridad todas las precauciones que debían de tomar en el trabajo.

Una vez bien instruidos, los hice entrar descalzos y provistos de cubetas con agua, con que inutilizar la pólvora que estaba regada en el suelo, previniéndoles que no avanzaran sino á proporción de que la pólvora se fuese inutilizando.

Así se verificó el trabajo, ayudado de linternas sordas, pues los almacenes eran muy oscuros, hasta que se logró barrerlos perfectamente. En seguida se procedió á ir extrayendo con la mayor precaución y cuidado el contenido de los cajones, tamizándolo fuera del recinto, para utilizar la pólvora que quedase limpia.

Cuando los almacenes de pólvora estuvieron aseados, y la pólvora empacada y colocada convenientemente, me dediqué á la clasificación y arreglo de las municiones, ya empacadas, ya en proyectiles sueltos, que se colocaban en chilleras ó pilas

Una vez clasificado y ordenado todo, con sus tarjetas respectivas, procedí á formar el inventario del cual envié una copia al Gobernador del Estado de Nuevo León.

No por estas atenciones descuidaba remitir á la división que operaba sobre Matamoros las municiones, útiles, fuegos artificiales, y demás elementos que necesitaba.

El General Paz me decía con fecha 11 de Diciembre:

“En los diferentes trenes que irán llegando á esa, recibirá usted armas de varios calibres, de recomposición más ó menos grave. Hará usted desempacarlas, clasificarlas y recomponerlas. Para esto es necesario montar un taller en toda forma, y usted, de acuerdo con el señor Licenciado y Gobernador, se dedicará á ello. Usted comprende la importancia de que todo ese armamento sea puesto en estado de servicio lo más pronto posible; y por eso no le hago otra clase de recomendaciones.”

Entre tanto me dedicaba á estas faenas, el General Escobedo había llegado á Matamoros, y en el acto, sin

emprender trabajos ningunos de aproximación, después de un ligero juego de artillería, lanzó sus columnas al asalto sobre la plaza, y aunque éstas llegaron intrépidamente hasta el foso, no les fué posible subir al parapeto, que no ofrecía brecha; y tuvieron que retirarse después de haber sufrido una gran pérdida.

Los americanos campados en Brownsville, echaron un puente en el Río Grande y pasaron á Matamoros intimando rendición á Canales. Este no podía rechazarlos porque la plaza no estaba fortificada por aquel lado; pero contestó que en tal caso se entregaría á Escobedo, como lo hizo, y por cuya causa los americanos volvieron á reparar el río.

Sin este auxilio inesperado, Escobedo, según todas las probabilidades, se hubiera retirado á Monterrey. Entre Nuevo León y Tamaulipas las hostilidades habrían continuado, y la campaña del interior se habría aplazado indefinidamente.

Ocupado Matamoros, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de Tamaulipas el General D. Felipe B. Berriozábal, y el General Escobedo después de dictar las providencias que creyó oportunas, regresó á Monterrey con su división, para emprender la campaña del interior.

Pocos días permaneció el General en Monterrey, pues tan luego como estuvieron listas las baterías que se estaban arreglando, emprendió la marcha, dejándome encargado de la Maestranza, con las mayores recomendaciones de trabajar sin descanso en la construcción de municiones y reparación del material para el ejército.

Al despedirse de mí, me dijo estas palabras: “Si le escasean á usted los recursos para los trabajos, escribame usted, y en el momento tendrá lo que necesite; y respecto de los intereses personales de usted, póngame una cartita y en el acto serán satisfechos sus deseos. Le dí las gracias, manifestándole, que puesto que tan buena voluntad tenía para mí, que dejaba en sus manos mi suerte. Cumpliendo con las disposiciones del General en Jefe, redoblé mis esfuerzos á fin de activar los trabajos,

en los que era secundado por el Teniente Coronel Capitán del arma D. Benito Zenea, que había llegado de Chihuahua.

Semanariamente se remitía al Gobierno del Estado una relación con la inversión que se había dado al dinero recibido, y otra de los trabajos ejecutados. A ellas contestaba el Gobernador acusándome recibo. Entre otros tengo los oficios siguientes:

“Por el oficio de usted, fecha 1^o del actual, y relación que acompaña de los trabajos practicados en el parque general en toda la semana á que se refiere, quedo impuesto con satisfacción, de su actividad, buen celo y eficacia, con que está procediendo en los trabajos que tiene bajo su inteligente dirección.”

“Independencia, etc.”

“Con la atenta nota de usted fecha de ayer, he recibido la cuenta que usted rinde de la inversión de mil pesos que recibí de la Aduana de esta Capital por orden del Cuartel General, y en debida respuesta debo decirle que queda visada y aprobada por este Gobierno, habiendo dispuesto que pase á la Jefatura superior de Hacienda para su archivo.”

“Independencia, etc.”

Sin embargo, los recursos que ministraba el Gobernador de Nuevo León, Lic. D. Manuel Z. Gómez, estaban muy distantes de llenar las necesidades de la situación; lo que me obligaba á molestarlo con frecuencia, ya de oficio, ya de palabra, á fin de que me proporcionara los recursos necesarios para el trabajo. Desgraciadamente, el señor Gómez estaba firmemente persuadido de que tan luego como abandonaran el país los franceses, los imperialistas se someterían; por lo que creía innecesario el hacer sacrificios para la construcción de material de guerra, que en último caso no se había de utilizar.

Mucho me esforcé con el objeto de disuadirlo de semejantes ideas, manifestándole que había grandes intereses comprometidos, y aun la existencia de muchas personas, y que los imperialistas no sucumbirían sin ha-

cer grandes esfuerzos por salvarse; pero nada conseguí.

Naturalmente, con semejantes pensamientos, y la escasez de recursos, debe suponerse que no atendía á la Maestranza como era necesario. Esta circunstancia me tenía en la mayor aflicción, pues consideraba que si el ejército no recibía oportunamente los auxilios necesarios, sería posible que se desgraciara la campaña.

Para suplir la falta de trabajadores, dispuso el Gobierno que quedaran á mi disposición unos veinte prisioneros austriacos que tenían la ciudad por cárcel. Una parte de ellos fueron destinados á cargar cartuchos de cañón.

Esta operación se practicaba en un cuartito cuya ventana daba á un almacén lleno de cajones vacíos, de juegos de armas inútiles y de otra porción de efectos y desperdicios de carpintería. La ventana estaba cerrada y servía como alacena donde se iban apilando los cartuchos que se concluían en el día, para empacarlos al siguiente.

Había, pues, en el cuartito, varios cajones llenos de cartuchos, una barrica con pólvora, y regular cantidad de cartuchos construidos en el día.

Una tarde llegaron varios Oficiales austriacos de los prisioneros á visitar á sus soldados, y hablaron largamente con los que trabajaban en el cuartito de los cartuchos.

Cuando los Oficiales se fueron, me llamó aparte uno de los inválidos y me dijo que creía conveniente que fuese yo á examinar lo que había en el almacén contiguo al taller de construcción de cartuchos de cañón, junto á la ventana.

Sobre un cajón lleno de saleros, de botafuegos, y de otros objetos de madera, habían colocado otro cajón que llegaba al nivel de la ventana. Allí se veía un montón de pólvora que se derramaba por debajo de las puertas, después seguía un reguero por encima del cajón hasta cerca de uno de los ángulos, donde había un montón de astillas de madera, y después otro montón de virutas de papel. Según aquella disposición, dando fuego al pa-